

ella. Los conspiradores llamaron, y pidieron que fuese un confesor á la casa de D. Juan Pablo de la Serna, persona muy respetable y conocida en la ciudad, diciendo que le habia dado un ataque de gravedad. El lego carmelita, que no podia sospechar lo que se intentaba, abrió la puerta, y sin darle tiempo á nada, fué sujetado por los conspiradores. Dueños de la entrada, penetraron en el convento sin hacer ruido, sorprendieron y desarma-

ron á los soldados que estaban de guardia,
 1810. pusieron en libertad á los presos políticos
 Noviembre. encerrados en aquel local, les dieron las armas que habian quitado á los que les custodiaban, dejaron arrestados á los religiosos carmelitas, que todos eran españoles, y se dirigieron á la cárcel pública, cuya guardia sorprendieron tambien, poniendo en seguida libres á los que estaban presos en ella. Aumentadas así las fuerzas de los sublevados, se dirigieron al cuartel de artillería con intento de sorprenderle; pero alarmada por el ruido la guardia del comandante Cortina, cuya casa estaba situada enfrente del cuartel, hizo fuego sobre los conjurados, hiriendo en la descarga al asistente de Sevilla y matando á cuatro de los que con él iban. Sin detenerse ante el peligro y conociendo que de la prontitud en el obrar dependia el éxito, Sevilla avanzó velozmente sobre el cuartel, sin dar tiempo á los que en él se hallaban de prepararse á la lucha, y apoderándose de la artillería, hizo sacar diez cañones, que mandó colocar en las avenidas de la plaza. No les quedaba á los conspiradores mas enemigo que vencer que al comandante Cortina y su guardia. Para conseguirlo, Sevilla colocó un cañon ame-

nazando el edificio en que vivia el jefe realista; colocó sobre la azotea de las casas reales, que dominaba la del expresado jefe, una compañía de infantería, y dió orden de que se rompiese el fuego, dirigiendo los tiros á los balcones y ventanas. Los asaltados, resueltos á defenderse, contestaron á las descargas con un tiroteo nutrido, matando á diez y siete de los asaltantes y causándoles un número mayor de heridos. Sin embargo, era inútil la resistencia. Los sublevados, resueltos á conseguir el triunfo, acometieron con nuevo vigor. Una bala hirió á Cortina en la mejilla, y poco despues los insurrectos penetraron en el edificio haciendo prisioneros á todos los que habian defendido el punto, incluso el mismo comandante Cortina. Las hijas de éste lograron, aunque con mucho trabajo, ocultarse, para verse libres de la lubricidad de Herrera, y la casa, la tienda y los almacenes de su padre, pues Cortina era uno de los mas acaudalados comerciantes de San Luis, fueron completamente saqueados.

1810. A las siete de la mañana del siguiente
 Noviembre. dia 11, todo habia terminado. Dueños de la ciudad los pronunciados, Herrera mandó poner presos á los españoles que habia en ella, cuyo número pasaba de cuarenta, y dió el cargo de intendente de la provincia á D. Miguel Flores, individuo de recomendables cualidades, vecino acomodado de la misma ciudad, y sumamente apreciado de la poblacion entera. No habia ocurrido ninguna otra novedad durante ese dia; pero en las primeras horas de la noche del 12 hubo un suceso lamentable. Pasando una de las patrullas puestas por el intendente Flo-

res para conservar el orden, por una de las calles principales, recibió algunos disparos de fusil, dirigidos de la azotea de un edificio. El oficial que mandaba la patrulla, al escuchar que los tiros habian salido de la casa de un español llamado D. Gerónimo Berdiez, se llenó de indignacion, penetró por fuerza en el edificio, y sin averiguar si con efecto los tiros habian salido de allí, descargó un sablazo sobre la cabeza de Berdiez, de cuya herida murió á poco tiempo. Acto verdaderamente censurable fué el del oficial por haber obrado con precipitacion. Hubiera bastado á cualquiera que no se hubiese dejado cegar de la ira, ver á un hombre sin armas, quieto en su casa, cuando podia haber huido por la azotea, como lo hubiera hecho si realmente hubiera sido culpable, para persuadirse de que era inocente. Aun cuando con efecto, los tiros hubieran salido de la azotea de su casa, no debió descargar golpe ninguno de muerte sobre él, sino conducirle preso, pues sabido es que nada hay mas fácil que pasar de una azotea á otra, y que muchos, para no comprometerse ni comprometer su casa, pasan á la azotea de otro, sin conocimiento de éste, desde donde disparan y huyen.

1810. Tres dias habian transcurrido de los sucesos que dejo referidos, cuando Fray Luis de Herrera recibió de D. Rafael de Iriarte, que se habia apoderado, como hemos visto, de Zacatecas, y tenia el grado de teniente general, un atento aviso que le envió por extraordinario. Le decia en él, que se hallaba en marcha para Guanajuato, á donde le habia llamado Allende, y le preguntaba si podia entrar en San Luis al pasar. La contestacion fué afirmativa, y en consecuencia Iriarte llegó

con una desordenada muchedumbre de indios, armados de flechas, palos y hondas, y algunos cuantos con fusiles. Herrera les hizo una recepcion brillante. Hubo salvas de artillería, repiques de campanas, cohetes voladores y «Te Deum», que era de precision en las fiestas de los independientes. A estas manifestaciones de aprecio á Iriarte y su oficialidad, se agregaron animados bailes que se les dieron por tres dias consecutivos. Queriendo Iriarte corresponder á los obsequios recibidos, dispuso un baile no inferior á los que le habian dado, convidando á los dos legos Herrera y Fray Juan Villerías, haciendo igual invitacion al oficial Sevilla. Cuando mas animada estaba la concurrencia bailando al compás de la seductora música, penetró en la sala un grupo de soldados de Iriarte que, apoderándose de los tres convidados, los sujetaron fuertemente, sin haberles dado lugar á que se defendieran, y los redujeron á prision. Mientras se verificaban estas escenas en el baile, los demás soldados de Iriarte se apoderaron de la artillería y de los cuarteles, quedando así dueños de la poblacion. Pocas horas despues, cuando aun no rayaba la luz del nuevo dia, la desenfrenada muchedumbre de indios, al grito de «Mueran los traidores de San Luis», se entregaron al saqueo de la ciudad, arrancando, en su sed de rapiña, hasta las rejas de los balcones y ventanas de las casas. A las once de la mañana mandó Iriarte que cesara el pillaje, durante el cual los habitantes de San Luis sufrieron horribilmente. En medio de la confusion y del desorden, el astuto lego Fray Juan de Villerías logró escaparse con cincuenta hombres, y se dirigió hácia Guanajuato á poner en conocimiento

de Allende la villana accion de Iriarte. La vigilancia se redobló, con este motivo, sobre Fray Luis Herrera y el oficial Sevilla. Ambos temian que de un momento á otro les condenasen á muerte, pues nada bueno se atrevian á esperar del que les habia arrebatado el mando de una manera que nunca pudieron imaginarse.

Dueño Iriarte del poder y de los caudales que habia en caja, quiso celebrar aquel acontecimiento de una manera espléndida. Al efecto dispuso un 1810. gran banquete en la casa que le servia de alojamiento para obsequiar á su oficialidad. Convidados á él Herrera y Sevilla, se presentaron temiendo que les comunicase alguna fatal sentencia; pero quedaron gratamente sorprendidos de escuchar lo contrario de lo que esperaban. Iriarte les recibió con agrado, abrazándoles afectuosamente, y les dijo que estaban en libertad. En seguida les manifestó que el haber procedido á la prision de ellos, no habia reconocido otra causa que el deseo de salvarles la vida, lo cual habia conseguido permitiendo á su gente el saqueo de la ciudad. Dadas estas explicaciones, nombró al lego Herrera mariscal de campo, coronel á Sevilla y á otro oficial llamado Lanzagorta, á quien con otro lego juanino llamado Zapata les encargó el cuidado de las municiones de guerra y armas de la ciudad, dejó á Flores en el empleo de intendente, y confirió varios empleos militares á diversos individuos, pues no era prerogativa exclusiva del cura Hidalgo conferir grados, sino que tambien estaban facultados para concederlos los demás generales y el cuerpo de la oficialidad que se hallaban distantes del centro del gobierno, obrando

así cada uno á su albedrío (1). En el banquete reinó la mas completa armonía, y la fiesta terminó con el mismo placer con que habia empezado. Hechos los nombramientos y teniendo arreglados los asuntos de gobierno de San Luis, el teniente general Iriarte se dispuso á partir para Guanajuato, de donde le llamaba D. Ignacio Allende para defender la plaza en el caso de que, como se creia, se dirigiese á atacarla el ejército realista.

Como el movimiento efectuado en San Luis por los dos legos habia sido inesperado, y nadie de los adictos al gobierno sospechó que podria caer en poder de los independientes la ciudad, el brigadier Calleja dejó en ella á su esposa al marchar á campaña. Dueños de la poblacion los conspiradores, la mujer del jefe realista temió verse ofendida de los vencedores. Enseñoreado luego Iriarte de la ciudad, lejos de inferirla ofensa la mas leve, la trató con las mas distinguidas consideraciones. Esta atenta conducta de Iriarte con la esposa de Calleja y el haber estado, antes de haber abrazado la causa de Hidalgo, destinado de escribiente en la secretaría de la comandancia general de brigada, en cuyo tiempo era conocido con el nombre del cabo Leiton, despertaron mas tarde las sospechas de que estaba en inteligencia con el jefe realista.

(1) «Y lo mismo nombró generales y otros oficiales, cuya prerogativa no era exclusiva del declarante» (es el cura Hidalgo quien habla), «pues tambien el capitan general y los demás generales que se hallaban distantes del centro del gobierno y el cuerpo de la oficialidad, hacian y promovian lo que se les antojaba». (Declaracion de Hidalgo en su causa.)

1810. No fueron menos importantes para la causa de la independencia los sucesos verificados en la provincia de Guadalajara ó Nueva-Galicia, que los operados en Zacatecas y San Luis Potosí. «La revolucion habria podido terminar con la dispersion que sufrió en Aculco la fuerza principal de Hidalgo», dice D. Lúcas Alaman, «si la brigada de Guadalajara hubiera tenido á su cabeza un hombre como Calleja que, con la energía y actividad que las circunstancias exigian, y haciendo uso de los abundantes recursos que la rica provincia de Jalisco proporcionaba, hubiese sabido levantar y organizar un ejército, y poniéndose á su cabeza, en combinacion con los movimientos de Calleja, estrechar á los insurgentes en las intendencias de Guanajuato y Michoacan, que habia quedado indefensa por la marcha de Hidalgo á la capital; pero el brigadier D. Roque Abarca, que unia al empleo de comandante el de presidente de la audiencia é intendente, no solo no contribuyó á contener y reprimir la revolucion en las provincias confinantes, sino que dejándola propagarse en la de su mando, por su debilidad y desaciertos, fué causa de que tomase aquélla mayor vuelo y acrecentamiento. Désavenido con la audiencia y con los comerciantes europeos de Guadalajara desde la prision de Iturrigaray, cuyo hecho desaprobó aunque sin dejar de reconocer á la autoridad que en lugar de aquel se estableció, la suya, desde entonces, vino á ser incierta y vacilante (1), y aun trató de deponerlo entera-

(1) Todo esto lo ha tomado D. Lúcas Alaman, como él mismo dice, de la relacion que el mismo Abarca hizo á Calleja, en carta particular que le escri-

mente del mando el partido que contra él se formó, lo que no llegó á tener efecto por no haber podido convenir en el modo de ejecutarlo. Luego que se empezaron á sentir los primeros movimientos de la revolucion, Abarca, en vez de hacer uso del poder que sus diversas investiduras le daban, teniendo en su mano el mando militar, el político y la administracion de la hacienda, se dejó despojar de las facultades que legítimamente le pertenecian, permitiendo el establecimiento de una junta compuesta de letrados, eclesiásticos y particulares, que aunque tomó el nombre de «auxiliar del gobierno», vino á ser absoluta (1), quedando anulado el jefe superior, y débil y enervada entre muchos la autoridad, cuando mas necesario era que fuese unida y robusta, y estuviese ejercida por uno solo.»

Entre los comisionados á quienes el cura Hidalgo confirió la sublevacion de diversas provincias, pocos dias despues de haber dado el grito de independencia en el pueblo de Dolores, se contaba un hombre del campo, nacido en el pueblo de San Pedro Piedragorda, en la

bió en 9 de Octubre de 1811, con motivo de felicitarle por su ascenso á mariscal de campo, en que le llama «amigo y concolega» por haber estado ambos en el colegio de cadetes de la isla de Leon. Con efecto, en esa carta que publicó D. Carlos María de Bustamante en las Campañas del general Calleja, le decia: «No mando la Nueva-Galicia desde que fué depuesto el Excmo. Sr. Don José Iturrigaray. Se empeñaron sus enemigos en que lo declarasen traidor, sin declararlo ellos; pero me mantuve firme en mi silencio, aunque subordinado á la autoridad que se estableció en Méjico.»

(1) «Se me precisó á permitir que se formase una junta que se llamase auxiliar del gobierno, y que fuese déspota». Idem.

provincia de Guanajuato, y mayordomo de una hacienda de labranza próxima á la poblacion de su nacimiento. Aunque hombre rústico y sin educacion ninguna de letras, estaba dotado de talento natural, de actividad, de astucia, de valor y de lealtad. Lleno de entusiasmo por la causa proclamada por el cura Hidalgo, se unió á éste en Irapuato con una corta fuerza que habia levantado, cuando el caudillo de la independencia pasó por la referida poblacion á fines del mes de Setiembre para atacar la ciudad de Guanajuato.

1810. Este hombre del campo es el mismo que, Setiembre. pocos dias despues de tomada la plaza, se presentó al cura Hidalgo manifestándole que se comprometia á apoderarse de la ciudad de Guadalajara, si le autorizaba competentemente para ello y se le proporcionaban recursos. Se llamaba, como he dicho ya, D. José Antonio Torres; pero mas conocido generalmente con el nombre del «amo Torres», porque este título es el que, por costumbre, suelen dar los labriegos en aquel país á los administradores de haciendas de campo y á todo el que tiene algun mando en ellas. El cura Hidalgo admitió, como queda expresado, su oferta, y pocos dias despues el nuevo jefe salia á poner en planta el pensamiento concebido. Al frente de la fuerza que se le proporcionó, y al grito de «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines», empezó á recorrer varios puntos, y pronto los pueblos de Colima, Sayula, Zacoalco y otros, se adherieron á la revolucion. Nuevos jefes insurgentes aparecieron en breve tiempo por diversas partes, llevando tras sí á las masas de indios ansiosas de novedad y de revueltas. Hui-

drobo, Gomez Portugal, Alatorre y Godinez, habian logrado sublevar todas las poblaciones próximas á Rio Grande, y, á fines de Octubre, cuando el cura Hidalgo se acercaba á la ciudad de Méjico con su ejército de ochenta mil hombres, amenazando derribar el gobierno vireinal, todos los distritos que confinan con las ricas provincias de Guanajuato y Michoacan, se hallaban completamente insurreccionadas. La Nueva-Galicia ó provincia de Guadalajara presentaba por todas partes gruesas partidas de insurrectos que amenazaban apoderarse de la capital del territorio. La promesa hecha por el campesino D. José Antonio Torres al cura Hidalgo se iba

1810. realizando. El comandante de brigada don Setiembre. Roque Abarca queriendo contener aquel torrente que aumentaba su poder á medida que invadia las poblaciones, puso sobre las armas los cuerpos provinciales, que consistian en un batallon de infantería de la misma ciudad de Guadalajara, el regimiento de dragones de Nueva-Galicia, y las compañías de la frontera de Colatlan, que eran las principales fuerzas con que contaba. Conociendo que para hacer frente á la revolucion se necesitaba mayor número de gente, armó mas de doce mil hombres de los pueblos y de las haciendas, como habia hecho Calleja en San Luis Potosí. Esa cifra de combatientes hubiera sin duda bastado á tener á raya á las guerrillas de los insurrectos, si el brigadier realista Abarca les hubiera dado la organizacion que dió á sus tropas el comandante Calleja y les hubiera inspirado, como éste les inspiró, el espíritu de cuerpo, que forma el noble estímulo en la milicia. Pero D. Roque Abarca de nada de

lo que se ocupó Calleja llegó á ocuparse, y no habiendo trabajado en despertar en la oficialidad ni en los soldados el entusiasmo por la causa del gobierno, no hizo, al destacar sus tropas contra los insurrectos, mas que enviarles, por decirlo así, refuerzos, pues todos los cuerpos nuevamente levantados se pasaron á los independientes. Tambien se formaron en la ciudad, con los jóvenes del comercio y cursantes de la Universidad, dos compañías de voluntarios, que llamaban la atencion por el aire distinguido de los que las componian; y el obispo D. Juan Cruz Ruiz Cabañas formó otro cuerpo que se denominó: «La Cruzada.» Se componia este cuerpo de clérigos y frailes y de otros individuos que quisieron pertenecer á él, los cuales llevaban una cruz roja en el pecho como distintivo de que defendian la religion. Se les convocaba á hacer ejercicio por medio del toque de la campana mayor de la catedral, y el punto de reunion era el palacio episcopal. De él salian á caballo, sable en mano, llevando enarbolado un estandarte blanco con una cruz roja como la que ostentaban en el pecho, y la gente se agolpaba á verlos pasar y les seguia gritando: «Viva la fé católica» (1).

No obstante de verse amenazados los realistas de Guadalajara de las numerosas fuerzas independientes que invadian casi la provincia entera, continuaba la division y la rivalidad entre el comandante general Abarca y los comerciantes europeos establecidos en la ciudad. Los se-

(1) El mismo comandante realista D. Roque Abarca da todos estos pormenores en su carta ya citada.

gundos querian asegurar de preferencia las tiendas que tenian en la capital de la provincia y los bienes que poseian fuera. La mayor parte tenian familia, y no querian exponer la fortuna con que atendian á la felicidad de sus esposas y á la educacion de sus hijos. Abarca trató de persuadirles á que tomasen las armas y contribuyesen con sus caudales al sostenimiento de los cuerpos que se habian formado, manifestándoles lo preciso que era que tomasen una parte activa en la lucha, pues la desercion era mayor cada dia. Todo fué en vano: se hallaban mal prevenidos contra él, y aunque el mismo Abarca, para darles el ejemplo, se desprendió de cinco mil duros suyos, destinándolos á los gastos de la guerra, ellos se negaron á su solicitud (1).

1810. Entre tanto la junta, compuesta, como Setiembre. queda dicho, de letrados, eclesiásticos y particulares que con el nombre de «auxiliar del gobierno» ejercia verdaderamente el poder, mirando como á traidores á los jefes en quienes el brigadier Abarca tenia mas confianza, eligió, para enviar á batir á los sublevados, individuos de su estimacion. Los nombrados para el mando de las expediciones que debian salir, una para batir á los independientes que se hallaban en la Barca, y otra para Zacatula, fueron el oidor D. Juan José Recacho y Don Tomás Ignacio Villaseñor. La eleccion no fué muy acertada, pues aunque Recacho habia sido en España capitán de dragones, llegó á cambiar la espada por la toga, lo cual revela poco amor á la carrera de las armas. El empleo de oidor de la audiencia de Guadalajara lo reci-

(1) La carta referida de Abarca al brigadier Calleja.